


# Nada que ver conmigo

JANICE GALLOWAY

Traducción de Irene Oliva Luque

gatopardo ediciones 

Título original: *This is Not About Me*  
© Janice Galloway, 2009

# Publishing Scotland

Foillseachadh Alba

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda  
de la Fundación Publishing Scotland's Translation Fund.

© de la traducción: Irene Oliva Luque  
© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2018  
Rambla de Catalunya, 131, 1<sup>a</sup>-1<sup>a</sup>  
08008 Barcelona (España)  
info@gatopardoediciones.es  
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: noviembre de 2018

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Janice Galloway en 1958;  
© cortesía de la autora

Imagen del interior: Janice Galloway con su madre  
y su hermana, en Saltcoats (Escocia), en 1960;  
© cortesía de la autora

ISBN: 978-84-17109-59-2  
Depósito legal: B22841-2018  
Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,  
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea  
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de  
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Janice Galloway entre su madre y su hermana Cora,  
en Saltcoats (Escocia), en 1960.



*A mi madre, por el entonces;  
a mi marido, por el ahora.*



## CAPÍTULO 1

Ésta es mi familia.

Aparecemos alineadas en un sofá, demasiado juntas porque es de dos plazas. Idea del fotógrafo. Mi madre está en el lado izquierdo, mi hermana en el derecho. Yo estoy en medio, surgiendo entre las rodillas de las adultas, la única que tiene cinco años. Matemáticamente mi madre tiene cuarenta y cinco, pero parece mayor. Todo el mundo lo parecía en aquel entonces. Tiene el cuerpo orientado hacia el centro de la imagen, pero la cara mira de frente, impaciente, con los labios tan rojos que son negros. Cora es el sujetalibros opuesto, y toda ella mira de frente. No sabría explicar el porqué de los moretones de sus tobillos, pero los zapatos eran de las rebajas de Corner Duncan's, unos auténticos tacones de aguja con la punta afiladísima, capaces de perforar el linóleo. No lleva medias, por lo que sus piernas son de un gris pálido, blanquecino como el mármol. El pelo, sin embargo, es negro. Es lo más negro en una imagen con un montón de negro. De por sí ya era negro, pero se lo teñía con esa cosa azul que alguien le dijo que usaba Elvis, así que se le quedó negro negrísimo, sin siquiera una mota de luz y rociado de laca, a punto de liofilizarse. Tiene la cara blancuzca y cuadrada, pero sus manos son preciosas. Son un par de manos de repuesto para alguien indolente, alguien como Zsa Zsa Gabor, hasta que miras más de cerca

y ves que el dorso de los dedos es más oscuro que el resto, como los filtros de tabaco Sobranie. Eso sí, ni un anillo. Por una serie de motivos, los anillos no eran para Cora. Su reposabrazos tiene dos quemaduras de cigarrillo y un cenicero con uno entero en el borde, cuyo tenue ectoplasma de humo sobrevuela sus rodillas. Siempre había un pitillo, siempre una quemadura, así que estos detalles hacen evocar el conjunto. Hay un fotógrafo presente y no estamos cómodas, no del todo, pero si cada imagen narra una historia, nosotras queremos que esta historia sugiera que somos algo en la vida, que al menos salimos adelante. Con nuestras mejores galas, y poniendo al mal tiempo buena cara, hacemos de tripas corazón para causar buena impresión en casa.

La casa en sí, o al menos el salón que nos enmarca, no guarda tanto la compostura. El reloj que hay sobre la repisa de la chimenea marca las cuatro y diez, pero la ventana revela que fuera ha oscurecido; es invierno. Las urnas de latón, cual adornos funerarios, atestan el alféizar junto a una fuente de cristal tallado, una cabeza de ciervo de latón y dos bailarinas de porcelana. Las cortinas son de un estampado de óvalos de flores, en el papel de la pared se aprecian diminutas cestas colgadas en filas que penden separadas por rayas, la moqueta es moteada y el sofá presenta un dibujo selvático de hojas de palmera entrelazadas en espiral. Los dos brazos del sofá tienen fundas floreadas y la alfombra luce rayas y rosas. Hay tres sillas, una mecedora de mimbre con cojines bordados y un par de piernecitas cortas y desnudas que se asoman a la imagen desde la derecha, suspendidas en el aire no se sabe cómo. Es probable que sea una muñeca, y si lo es, tiene que ser mía. Ésta es la única prueba que me sitúa en este entorno. Seguro que todos los días mirábamos esta habitación, con su falta de espacio y sin nada que fuese a juego, y ni nos inmutábamos. Lo lográbamos. Aquello era normal. Nuestro.

Hasta la ropa, que nosotras mismas escogimos, desentona: mi madre con un traje pálido estampado de hele-



chos negros, Cora con un vestido *dirndl*, entallado y con falda de vuelo, salpicado de enormes flores de loto blancas y un cuello que cubre como una capa los hombros de sus brazos que de otro modo estarían desnudos. Lleva unos grandes aros de gitana y rímel suficiente para no dejar pasar ni el menor rayo de sol. Yo soy más que nada un vestido de fiesta y unos calcetines tobilleros, prendas enviadas nada menos que desde Estados Unidos. De mi mirada se deduce que intento ocultar algo. En cualquier caso, mi madre sonrío. Mi hermana no. Tiene los hombros altos, la barbilla prominente como la de un boxeador, sus ojos entrecerrados se preguntan a quién puñetas te crees que estás mirando; sus muñecas de porcelana fina están cruzadas exactamente del mismo modo. Parece a punto de estallar por combustión espontánea. Es Cora en estado puro. Pero las tres compartimos el sofá. Las tres miramos al objetivo. Las tres, insisto. Las tres. Los huesos de nuestras caderas deben de estar tocándose.

La alfombra frente al fuego, el faldón de la chimenea.  
Un atizador con un cardo en el mango, al alcance de la mano.  
Seis muñecas transparentes.

Mi madre pensó que yo era la menopausia. Asumió que no lo era en la Casa de Maternidad Buckreddan de Kilwinning, porque era allí donde iban las mujeres que se ponían de parto. Los médicos locales le dieron a entender que no había otra opción. Si estabas embarazada ibas a Buckreddan, sin lugar a dudas. Tal vez fuese porque las palabras insinuaban coacción y angustia, o porque se tratara de una época en la que prácticamente se ocultaba a las mujeres embarazadas, la cuestión es que casi toda la gente obviaba el sintagma *casa de maternidad* y lo llamaba Buckreddan a secas. Cuando me dijeron que había nacido en Buckreddan, me imaginé una aldea en medio del campo, no un edificio. No fue hasta los dieciséis años cuando vi la palabra en un letrero por primera vez: pasaba en un autobús a toda

mecha y me di la vuelta justo a tiempo para ver una casita de arenisca roja, una construcción del periodo victoriano tardío con el aspecto de un antiguo hotel de lujo venido a menos. Casa de Maternidad Buckreddan, rezaba el cartel, y entonces caí por fin en la cuenta. Durante todo el trayecto hasta Ayr en aquel asiento doble gastado y lustroso del autobús de una planta de la Scottish Motor Transport, intenté imaginármelo por dentro. Visualicé las tropas de artillería de mujeres hinchadas, sábanas finas y alguna que otra enfermera con un sombrero de papel a lo Florence Nightingale. Echando mano de las nociones confusas de la tele, vi la imagen de los bebés en otra sala, cada uno encerrado en su propia caja, berreando bajo las potentes luces eléctricas. Yo tenía que estar entre ellos, en algún sitio, pero hasta ahí llegaba mi imaginación. No podía imaginarme las salas de partos con nombres absurdos, pues no tenía ni idea de lo que era un parto o lo que podía contener semejante sala, pero sí podía imaginarme los biberones, eso seguro. Los biberones y los pañales, el equivalente en taquígrafía a recién nacidos. Sabía que se hacían pis, eran molestos y ruidosos. Era fácil malcriarlos y se les daba leche en polvo —*de fórmula*— en biberones. Eso era todo lo que sabía sobre bebés.

Intentaban obligarnos a que diésemos el pecho, me contó una vez mi madre en un insólito arranque de revelación. Fue horrible. Les dije que era demasiado mayor, pero a la hermana le daba igual. Es por el bebé, dijo. El bebé. Como si un bebé pudiese darse cuenta.

No obstante, por miedo a la hermana de la maternidad, lo intentó, pero le dolía. No le permitieron dejar de intentarlo hasta que aquello me hizo vomitar sangre, dos veces.

Se lo dije, explicaba ella, pero en estos sitios no tienes ninguna dignidad. Les dije que no puedes hacer esas cosas cuando tienes cuarenta tacos. Pero, bueno, con el biberón te fue bien.

Me podía imaginar las insulsas salas verdes y a la hermana de la gran sala común, que no aceptaba un no por

respuesta. Me podía imaginar a mi madre, o a alguien parecido a ella, una cabecita flotando en un mar de algodón blanco mientras una marea roja de sangre brotaba hacia ella como la lava. Me podía imaginar los biberones traqueteando y golpeteando por los pasillos en carritos de metal, recién preparados, blancos y llenos de polvo reconstituido que una vez fue la leche de animales más grandes y capaces. Lo que no era capaz de imaginarme era a mí misma, el pequeño vampiro en medio de todo el melodrama, la fuente de la preocupación y el desasosiego.

De ahí que ahora tengas el estómago delicado, decía ella, sacándome de golpe de mis ensoñaciones. Me obligaron a dar el pecho. Empezaste con mal pie.

Cada vez que decía esto, había una pausa. Yo sabía lo que venía después. Ella también.

Si hubiera sabido que estabas en camino, decía finalmente, si lo hubiera descubierto. *Todo habría sido distinto.*

Yo no tenía ninguna razón para dudar de lo que quería decir o de que lo que quería decir fuese qué menos que sincero. Todo habría sido distinto. Décadas más tarde, delirando y pensando que se iba a morir, mi madre soltó que había abortado al menos dos veces después de mí. Debía de haber habido más, Dios nos ampare. Tal vez la puse en guardia, acaparé todas las posibilidades y no les dejé ninguna a mis hermanitos descubiertos y desechados. Por otro lado, tal vez su cuerpo hubiese tomado aquellas decisiones por su cuenta. Como mi hermana se encargó de recordarme todos los días de mi niñez, yo podía darme con un canto en los dientes simplemente por estar aquí. Si llega a saber que venías en camino..., me decía. No hacía falta que nadie acabara la frase.

Sannox Drive no estaba ni cerca de Buckreddan ni tampoco de la costa. Llegar hasta allí desde el mar, la fuerza caracterizadora que le daba nombre a Saltcoats, significaba caminar desde Windmill hasta Chapelwell Street, dejar a un lado la estación hasta Raise Street y después subir

por Sharphill hasta Dalry Road, que, si se seguía, te conducía hasta otro lugar. Se tardaba veinte minutos a pie, todo cuesta arriba, y como no demasiado lejos había vacas, se podía decir que estaba *en el campo*. Sannox Drive fue la única casa donde vivimos en la que no se percibía el olor a alga. No había tráfico intenso ni ningún pub. Había una tienda y una parada de autobús, un bosque con columpios de cuerda, buenos vecinos y un carril de entrada. No teníamos coche porque mi padre lo había estampado, pero que la casa tuviese algo como un *carril de entrada* debía de generar una sensación de prosperidad. Durante toda su vida mi madre se refirió a este lugar como la Casa Sannox, como si estuviese enlosada con diamantes de imitación y contase con sus propios terrenos y un parque de atracciones aledaño. Era el lugar en el que esperaba envejecer. Lo que yo recuerdo de él es absolutamente nada. Nos mudamos de allí cuando yo tenía un año porque el camino de vuelta desde el pueblo con el carrito era imposible para una mujer con asma. Todo lo que sé a ciencia cierta de esta casa, por tanto, está grabado en dos instantáneas.

En ambas hay un bloque de cemento rugoso, cuatro ventanas alargadas con el alféizar descascarillado, una puerta de entrada, una carbonera y hierba. En el primer plano de una de ellas hay una cara al lado de un cochecito del tamaño y el color de una carroza fúnebre; en la otra se ve al mismo bebé y a un hombre, los dos sentados en una alfombra de cuadros escoceses como si hiciera sol. Somos padre e hija. Papá está sentado, con varios centímetros de pierna pálida por encima del elástico del calcetín, antes de que empiece el dobladillo del pantalón. Su brazo, estirado detrás de mí para que no me caiga, desaparece en una espuma blanca de vestido. Bajo un tupido peinado con ondas que mi madre debió de moldear con los dedos aquella mañana, mis rasgos faciales no están más definidos que los de un muñeco de nieve. Niña de la posguerra, me alimentaron con lo que mi hermana jamás conoció. Esa hermana no aparece por ningún lado, por haberse casado hace poco

con un tipo de Glasgow que no le convenía y haber volado del nido, embarazada, casi sin despedirse, pero ahí está su bicicleta guardada, *porque nunca se sabe*; pende, como la espada de Damocles, del techo de la entrada de otra persona. Y ya basta con las instantáneas. Fuera lo que fuese especial de esta casa no se ve en ellas. Es idéntica a todas las demás viviendas de protección oficial escocesas de los años cincuenta, justo igual que la de la tía Kitty, dos calles más arriba.

Hay cosas que puedo deducir, por supuesto: la sensación de ascender literalmente en la vida, dos dormitorios y una vía de entrada, un jardín y un gato llamado *Tiger*. Antes de cumplir los cuatro años ya habíamos acumulado tres nuevos domicilios, pero Sannox Drive era el mejor. Años más tarde, el cariño con el que mi madre recordaba aquel lugar me daba envidia, me fastidiaba no poder evocar lo mejor que en realidad nunca tuve. Y aquello me incitó a dar la lata porque quería un gato, un perro, o cualquier cosa con pelo que también fuera mía.

Tengo asma, decía ella, respirando con dificultad. A mi edad un animal me vendría fatal. Ni siquiera me gustan. Lo único que hacen es morirse. Y además, ya tuviste un pez de colores.

Aquello era una trampa. El pez de colores que ganaste en la feria se murió. Era ley de vida. Pero con los animales de verdad era distinto.

¿Qué sabrás tú?, decía ella. Pues claro que se morían. ¿Qué creía yo que le había pasado a *Tiger*? Yo no lo sabía. Jamás se me había ocurrido preguntar, tan sólo pedir. *Tiger* —dijo ella, siempre lo llamaba por su nombre— se hizo viejo y ya no se las arreglaba bien solo. Así que cogió y se marchó al bosque de Sannox y nunca regresó. Se dan cuenta de lo que va a pasar, dijo ella, y los ojos se le humedecieron de forma tan alarmante que los míos también lo hicieron. Se marchan en busca de un lugar tranquilo y simplemente esperan. Se van y no vuelven. Se mueren. Eso es lo que hacen.

No deseaba andarse con rodeos y lo dijo clara y llanamente. Se morían. Cogían y se morían y nada que pudiera hacer nadie lo impediría. Los animales, todos y cada una de ellos, se morían. Era algo horrible y noble y a la vez terriblemente vergonzoso. Mi madre, una mujer que había hecho oídos sordos a un embarazo, había visto a un gato desaparecer como si nada en mitad de la noche y había atado cabos de inmediato. Jamás se lo había perdonado.

Así que no habrá ni gatos ni perros ni nada de eso. Ya te puedes ir olvidando.

Y ahí quedó todo. Ella, no obstante, tentaba a la suerte. La veía desmigajar pan para los pájaros y hablar con chuchos desconocidos en la calle. Arrullaba como una paloma cerca de los gatitos y confraternizaba con los periquitos de la gente. Los animales son más una molestia de lo que merecen la pena, decía, mientras destapaba la leche para algún perro callejero que se acercaba a la puerta de atrás; no convencía a nadie. Yo no le señalaba sus contradicciones, me limitaba a observar. Es lo único que puedes hacer cuando no estás segura de lo que estás aprendiendo. Yo callaba y observaba.

Pese al cariño irremediable que ella le profesaba, no teníamos ni una foto de *Tiger*. No teníamos ni una foto de mi hermana en la Casa Sannox ni tampoco de mi madre y mi padre dentro de ella. No me refiero a que hubiese escasez de material fotográfico. Teníamos cientos de fotografías, escondidas en un bolso plastificado debajo de la cama grande, pero pocas que cuenten de verdad. Teníamos en blanco y negro y en sepia, coloreadas a mano. Teníamos trozos de piernas y pulgares y cabezas bajo kilómetros de cielo, y de grupos en fotos de estudio donde personas de cuerpo entero podían aparecer en entornos extraños; teníamos de amigos y viejos conocidos sin nombre, de niños en grupo y en pareja, fotos de hombres rapados y fornidos tocando el acordeón y otras de mujeres con mejillas sonrosadas, animándolos a seguir. De mujeres con delantales de variados estampados de flores y ancianas con conjuntos

a juego y gafas; mujeres bajo cuerdas de ropa tendida, y yendo de compras, subiendo a autobuses y presumiendo de su ropa más bonita; fotos de niñas con trenzas y corbatas del colegio, bebés con lazos en el pelo y corrillos de hombres en esquinas con cigarrillos de distinta longitud. Todos los rostros muestran algo de lo etéreo, legado de las viejas técnicas y gustos, las mezclas de sustancias químicas, la calidad y el granulado del paso del tiempo en el papel, la plata, el fluido. Como si lo que corre por las venas fuese algo ligero, nada que ver con la sangre. Pero pocas de ellas, más allá de esta belleza accidental, revelaban gran cosa. Hay vacíos y curiosas omisiones, es más lo que esconden que lo que muestran. No hay ningún hombre anciano, tan sólo un puñado de interiores domésticos, ninguna de navidades o cumpleaños, de fiestas o animales. Ninguna de funerales o momentos delicados, ni de recién nacidos alzados en el aire o instantes de calma familiar rutinaria, ninguna fotografía de una boda. Al menos no durante años, y sin duda ninguna de la boda de *mis padres*, ni siquiera una. Lo que guardábamos como nuestro eran muros de ladrillo y vestidos de domingo y cochecitos de niño en pedacitos de jardín, rostros con los rasgos desdibujados por el sol. Éstas, nos obligábamos a nosotras mismas a creer, eran la historia real, y yo también lo creí. Este hombre de la foto era mi padre, la bola esponjosa con las manos enroscadas era yo, aprendiendo por la fuerza de la costumbre, de memoria. Sabía que tenía una hermana de sangre aunque no estuviera allí. Sabía que tenía un hermano muerto y un gato ausente, que se había esfumado en los bosques de Sannox para no regresar a casa nunca más. Tenía tías que eran tías de verdad y tías que eran primas y tías que eran amigas de mi madre, y aquellas legiones de tías tenían maridos que yo rara vez veía, y había que admitir que aquello era así y punto. Aquélla era mi gente. Tras el pánico inicial, el frenesí antes de la rendición, no había lugar a las dudas.

Mi padre tenía el pelo del color de la melaza Lyle's Golden Syrup. Su barba de varios días parecía brillantina en un día soleado, pero no sonreía mucho, al menos no en casa. Sabemos que a veces sonreía fuera porque hay una instantánea de él durante la guerra en la que se le ve haciéndolo. Viste una especie de uniforme militar y le asoman los calcetines, está junto a otros tres hombres vestidos igual que él. Llevan el cabello peinado con la misma cantidad de brillantina Brylcreem. Mi padre es el más alto.

No era alto, solía decir mi madre, simplemente escogió amigos bajos. Ahí está él intentando aparentar que luchó, pero nunca lo hizo. Se libró por tener los pies planos y le tocó conducir un camión. Jamás salió del puñetero país.

El camión transportaba agua pesada y él fumaba mientras conducía durante todo el trayecto desde Inverness por carreteras aptas sólo para ovejas, llenas de cráteres y baches.

No tenía ni idea, decía ella, negando con la cabeza por su apabullante buena suerte. Podía haber salido volando en cualquier momento y a mí me habrían dado una pensión del ejército. Pero no lo hizo. Siempre tuvo suerte. El inútil tenía suerte.

Antes de todo eso, sin embargo, había llevado un uniforme distinto y era sin duda un hombre distinto. En aquel entonces era conductor de autobuses. Su padre había sido conductor de autobuses y él también lo era. Mi madre había pasado rápidamente de ser empleada del hogar y algodonera hasta casi llegar, por los pelos, a abrazar un trabajo de oficinista en la Scottish Motor Transport, que la colocó de cobradora en la cochera de Eddie. Así se conocieron. Hay una foto de ellos con el autobús, los dos a punto de empezar su turno. Mi padre, con aire peripuesto, posa cerca del radiador con el sombrero ladeado con gracia. No sonríe, pero tampoco parece demasiado enfadado con la vida. Ella, sin embargo, está radiante. Con unos tacones cubanos y su uniforme de empresa lleno como una botella de Coca-Cola, es una cobradora con la que está bien dejarse ver. Otro conductor, para nada mi padre, le da un repaso



como si fuera Carmen Miranda, y no se puede evitar pensar que tiene razón. Ésa es mi madre antes de que le hubiera pasado gran parte de la vida, y está tan despampanante que quita el hipo. Parece capaz, segura, buena. Lo era. Vendía billetes de autobús y regañaba a los borrachos, echaba a los que escupían y ayudaba a los ancianos y las ancianas a subir con sus bolsas de la compra sin ninguna molestia. Sostenía a los bebés mientras las madres se acomodaban, doblaba capazos y llevaba la cuenta de a quién había que avisar de qué parada, si faltaba poco o estaba más cerca de los pisos de la carretera de la costa. Soportaba los vómitos y la orina, a los frágiles y a los mal hablados, que la toquetearan, la insultasen y la amenazasen. Aunque llegara a casa por la noche con las manos apestando a níquel rancio y el hombro amoratado por el peso de los peniques del tamaño de una galleta Ritz, le gustaba bastante su trabajo. Los conductores sonreían cuando les tocaba un turno con Beth McBride. Aun así, ahí está mi padre, apoyado en la rejilla del radiador de un autobús pequeño color crema, sin ni tan siquiera mirar en su dirección. Tal vez se pusiera nervioso delante del objetivo. Tal vez es más frío de lo que debería. No se puede deducir de este instante congelado si es consciente o no del trofeo que tiene allí justo a su lado, y no se deberían sacar conclusiones. Dado que al cabo de no mucho tiempo después de conocerse se escaparon juntos para huir de la madre de ella y casarse, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que él algo notaría. Ella estaba embarazada, claro, y sólo tenía diecinueve años. Él tenía casi treinta. Al verse entre la espada y la pared, mi madre se casó con mi padre y viceversa. 1937. Era lo que se hacía en aquel entonces. Prometieron cargar con las consecuencias toda la vida.

Lo que la feliz pareja pensó en lo más profundo de sus corazones, si se hubiesen atrevido a pensar algo, dada la presión de las convenciones, nadie lo sabe a ciencia cierta. A los Galloway, la familia de él, no les habría entusiasmado la idea. Beth, la McBride que él había elegido, supondría

bajar un peldaño. La familia de ella provenía de una larga estirpe de mineros y obreros mientras que la de él podía presumir de contar con un fabricante de guantes, un chófer, dos carreteros y un tipo que, al menos en una ocasión, había sido el propietario de una furgoneta. Que Eddie tuviese a su cargo un vehículo grande e importante estaba a la altura; Beth, sin embargo, había mejorado sus perspectivas de futuro y lo sabía. Así que renunció a todo para tener a su bebé, y el bebé murió. Robert. Su primer hijo se llamaba Robert. Murió, según quién cuente la historia, desde dos días después de nacer hasta cuestión de unos meses, pero ahora estaban casados. Pasara lo que pasara después, habían hecho promesas. Eran, al parecer, de los que pensaban que era justo intentar mantenerlas.

En menos de dos años, el resultado de este intento fue Cora. Mi hermana mayor, su primera hija duradera, su única hija en años. Por Cora Doreen Galloway mi madre colgó el uniforme para siempre y se quedó en casa. Veía a su marido marcharse por las mañanas mientras ella se quedaba con el bebé en el recodo del brazo, sabiendo que ahora todas las nóminas eran de él, que él decidiría los gastos de la casa, que no había dinero para extras. Conservó los tacones altos para contadas ocasiones, compraba guisantes para hacer sopa y su asma fue a peor. Fue algo en lo que acabó confiando, algo que repetía a menudo para que yo no tuviese que descubrirlo por las malas. *Las cosas siempre pueden ir a peor.*

Lo hicieron. Después de la guerra y la apropiación de las rejas de hierro de todo el mundo para hacer municiones, y después de que Hess sobrevolara Escocia para rendirse y del agua pesada y de los tres dedos que le volaron a mi padre para siempre jamás y del alcohol que acabó siendo algo más que una medicina; después de las mudanzas y los cambios de expectativas y de criar a la hija nacida después del hijo muerto, una hija que nunca se estaba quieta y que ponía a prueba la paciencia de todo el mundo por ser, entre otras cosas, más lista que el hambre y una descarada, des-

pués de todo eso, diez años después de la guerra, supervivientes junto a todo lo demás, llegaron a Sannox Drive.

Es ahí donde me uno yo, recién salida del hospital, oliendo a algodón hervido y a leche cuajada. Todavía no, pero pronto. Aún es la casa encantada, la mejor casa, una casa con perspectivas de futuro. Ya ha pasado la pesadilla de intentar que su hija se concentre en los estudios, sus novios de quita y pon ya no esperan en la puerta. Recién casada, con un bebé en camino y, por el momento, contenta de haber huido, Cora está en Glasgow y ha sentado la cabeza. Una expresión con la que se relame la lengua de una madre, con la que comprueba que la textura es la satisfactoria: *sentar la cabeza*. Sannox Drive trae una promesa de paz. *Tiger* persigue pájaros y regresa del bosque cuando se lo llama por su nombre. Hay un parterre delante, bajo el marco de la ventana, con alhelíes y dalias, y la vieja bicicleta de Cora cuelga sobre el espacio que queda vacío en la puerta de entrada. Eddie ha puesto una tienda diminuta con el dinero de la indemnización que le dieron por el accidente de coche en el que chocó con un autobús local. Vende tabaco, prensa y un poco de todo, *The Cabinette*, todo lo que te podrías esperar junto a golosinas en bandejitas de chucherías a un penique y petardos y bengalas y algún que otro muñequito para bebés. Tienen un televisor y una lavadora. Él tiene hermanas y un hermano aún vivo; ella tiene hermanos y hermanas y sobrinas y sobrinos y una madre tuerta que no vive lejos de un puente de hierro oxidado por el salitre y de la parte más agreste de la costa. *The Cabinette* está cerca de la estación del tren, llena de laurel silvestre de San Antonio, la vía rápida hasta Glasgow, donde hay trabajo, tiendas, una generosa capa de hollín industrial y cientos de miles de estorninos que se reúnen todas las tardes para ensordecen George Square. Y más allá de aquello, y aún más allá, está el mar. El mar entusiasmo al típico chico de Glasgow que no tiene ni idea de nada y que no sabe que las mareas suben, pero nosotras sí. Somos amigas de las olas, nuestro pueblo se llama como la bahía que

han recortado en la arena. Eddie nunca se acerca al mar, pero Beth a veces pasea por allí, junto al embarcadero que no lleva a ninguna parte. Eddie tiene un juego completo de bolos sobre hierba de madera noble con su nombre grabado, su propio boliche. Juega en el prado comunal del pueblo con su hermana Rose y su marido Angus. Es un prado muy cuidado, con dalias, y con crisantemos bastante desaliñados. Se toman los bolos muy en serio, en el club de bolos de Saltcoats, y Eddie juega como un campeón. Beth también va al prado, aunque no juega. Beth no es de juegos, pero canta. Sus hermanos tocan el acordeón en los pubs locales, y a pesar del humo y el olor a alcohol que rezuma la barra, también va algunas veces tan sólo para oírlos tocar. Tommy se parece a Clark Gable. Allan tenía un gemelo que murió en el parto. Saul y Jack viven en Inglaterra. Jack fue una vez alcalde de Darton y Saul fue cantante de salmos. A Willy lo capturaron los italianos durante la guerra y padece de malaria y de demasiados recuerdos. Jamás pondrá los pies en una cafetería italiana. Kitty, la mayor, vive al final de la calle. Beth habla de estas personas todo el tiempo.

A veces, disfrutando de la libertad que le concede su hija ausente, Beth trabaja en la tienda. Le gusta tratar con la gente y si él se queda durmiendo la mona por la tarde, tal vez no vuelva a salir por la noche. Pensaba que echaría de menos a Cora y así es, pero no echa de menos las peleas. Ahora sólo tiene que lidiar con él, y en eso tiene práctica de sobra. A veces, cuando está tan borracho que nada le importa, Eddie afirma ser mejor que todo esto. En una vida anterior vivió en el palacio de uno de esos Borbones en Fontainebleau, dice tambaleándose, y Beth, a quien Borbones sólo le suena a bribones, pone los ojos en blanco y no dice nada. Por una vez, las cosas son más predecibles, casi están en calma. Pero hay otras cosas de las que aún no sabe nada que están alterándose y multiplicándose, y todo está a punto de cambiar. Todo. De arriba abajo, de pies a cabeza y para siempre.

Ella está en la cocina cuando todo empieza. Hay un aparador de madera, una despensa empotrada y una de lavar Ulster. El lavadero pequeño también está lleno porque la colada ocupa un montón de pilas. Requiere un montón de pilas, demasiados cubos de agua y ese puñetero tubo que pierde y está picado por un lado. Y el viernes entero. Eso es lo que tarda la colada. Esta semana ella ha pasado tres días en la tienda al pie del cañón, y el olor a alcohol del bar de Massie, a dos puertas de allí, la dejaba grogui a pesar de toda esa distancia. A las mujeres no se les permite entrar en el bar de Massie, y eso le hierva la sangre. No es que ella quiera entrar, es por la *prohibición*. Va al club laborista y al de bolos y el ambiente es cálido. Hay música y compañía. El bar de Massie no va de buena compañía. Va de enriquecer a Davie Massie y sacarles los cuartos a las familias. Sólo de pensarlo le dan náuseas. Pero tiene que hacer la colada. Todo el día. Fuera está nevando, pero eso no viene al caso. A la fuerza ahorcan. No queda otra, leñe.

Los ardores de estómago tampoco mejoran. Los ardores, la ciática y ese otro dolor en la zona de los riñones como cuando tienes indigestión. Le duele la cabeza bajo el pañuelo que se ha atado como un turbante para que no se le suelte la permanente, y el vapor de la cocina es ya sofocante. Se lleva la mano a la sien y recuerda la cena de anoche. Estofado de ternera. Comieron estofado de ternera con pan para la salsa y zanahorias y cuatro onzas de chocolate Milk Tray mientras escuchaban la radio: Ruby Murray, Rosemary Clooney, Jimmy Young. No traga a Jimmy Young, pero aquel día en concreto ponían «Unchained Melody», así que lo escuchó de todas formas. Cantar mejora las cosas. «*Lonely rivers flow to the sea, to the sea.*» Al canturrearla suavemente se siente más animada. Debajo de la tapa de la cuba, todo se retuerce como tiene que ser, se limpia. «*I'll be coming home, wait for me.*» Mete una toalla con un palo de madera que le han dicho que no utilice porque puede que se atasque en el tambor, pero las viejas costumbres son difíciles de cambiar. Una ráfaga de vapor se eleva y le

enrojece la cara hasta la base del cuello, persiguiendo un repentino hilo de sudor que le resbala por la espalda. Puede sentirlo, serpenteando. Entonces vuelve el dolor que lleva toda la mañana acuciándola, esta vez de golpe, como un puño. Puede que haya un disco desplazándose ahí abajo, un nervio atrapado. Cierra los ojos, baja la mirada mientras el sofoco de calor la recorre hacia abajo pasando por el vientre y abre de nuevo los ojos para ver parpadear la señal de HOOVER. Y agua.

Sus pies, ahora mueve los dedos dentro de las zapatillas, están mojados. Algo le decía que lo estarían, pero habría preferido no saberlo. Ahora tiene que reconocerlo. Su falda también está mojada y hay un charco parduzco sobre el linóleo, ahora lo mira, y se está filtrando entre las juntas de las baldosas. Esta puñetera máquina. Otra vez. Desde el primer día ya le pasaba algo a la hija de su madre; él y esa basura con patas con el que se juntaba en el bar de Massie habían entrado dando golpes por la puerta, con una sonrisa de oreja a oreja en la cara, como si le hicieran un gran favor por aparecer con una lavadora de segunda mano. Aquello no era justo y ella lo sabía. Al menos había traído el maldito cacharro. Tenían lavadora, dijo él, debería acordarse de aquello en vez de echárselo en cara; eran los únicos de la calle. Ahora se le saltan las lágrimas, igual que le pasa últimamente y cada vez más a menudo. *Es el Cambio*, decía su madre. *El cambio de vida. Ya verás como eso te lo arregla todo, leñe*. El ensanchamiento de la cintura, la opresión en el pecho. Esto es lo que pasaba. Te convertías en una mujer mayor y nadie quería darse cuenta. Pero no era el Cambio. Tal vez supiese muy bien qué puñetas era, lo único que pasaba es que no era capaz de admitirlo.

Tampoco ahora puede admitirlo. El agua que no deja de correr le quita las ganas de pensar. Se dobla sobre la pila de ropa sucia para sacar una toalla, se inclina para secar el charco, chapoteando con las medias, y se siente mareada, incapaz. *El Cambio*. Punzadas en las rodillas y los tobillos, rubor en la cara, venas varicosas y piernas inquietas. Las

piernas inquietas sonaban como la típica molestia que ella acabaría teniendo. La nieve se torna granizo al otro lado de la ventana, hace un ruido parecido a un golpeteo, y no puede seguir negándolo. Esta agua, esta inundación. Es ella. Un dolor sordo que va a peor le sacude la espalda y la barriga, reverbera a su alrededor como los anillos de Saturno, una gran piedra lanzada a cámara lenta hacia un pozo profundo, muy profundo. El agua es, ahora lo confiesa, quiera o no quiera, el agua es toda suya.

Era tarde. Todo el mundo lo sabía. Ya iba camino de los cuarenta, tenía una hija que ya estaba embarazada. Tenía una bonita casa, un gato y una lavadora, si se la podía llamar así, a los que cuidar. Pero ocurrió. Tal vez yo fuese pequeña y no diese patadas, o no muchas. No como para que te obligase a dar tu brazo a torcer, a admitir que yo estaba ahí. Tal vez negar la puñetera evidencia era mejor que tomar una decisión. Me encasilló como algo inevitable —*el Cambio*— y dejó que las cosas siguieran su curso. Fuera lo que fuese la verdad, ésta fue la historia. Mi madre pensó que yo era la menopausia. Fueran cuales fuesen los planes que tenía antes de romper aguas, se los llevó la marea. Sin perder la esperanza hasta el final, una vez pasada la ira de un parto inesperado, no premeditado, no planeado y no deseado, volvía a ser madre de nuevo, desde el principio.

Bebé tardío, bebé de invierno. Error.

Al menos gozaban de una vida sexual plena.

Debió de ponerse a fregar el charco y tomarse su tiempo. Ninguna otra persona lo habría hecho. Tal vez llorase. Tal vez nada ocurriese de esa forma. La lavadora siguió funcionando perfectamente durante otros tres años, sin complicaciones. Después nos fuimos a otro lugar y ella regresó a los palos de madera y el agua hirviendo, la tabla de lavar y el cepillo.

Si lo hubiera sabido, decía, entrecerrando los ojos. Maldita sea, si al menos lo hubiera sabido.